

DANIELA PRÖGLER. *English Students at Leiden University, 1575-1650: Advancing your abilities in learning and bettering your understanding of the world and state affairs*. Farnham: Ashgate, 2013, xviii pp. más 317 pp.

Estudiantes ingleses en la Universidad de Leiden (1575-1650) es la traducción del título del libro que se reseña a continuación. Lo publica Ashgate, una prestigiosa editorial académica que sigue apostando, con gran acierto, por investigaciones noveles. Ésta es una de ellas, en la que Daniela Prögler publica el resultado de una laboriosa tesis doctoral. En ella aborda la historia de las universidades en la Edad Moderna, y, más en concreto, los orígenes de la Universidad de Leiden, fundada en el año 1575. La obra dedica especial atención a los ingleses que acudían allí a estudiar.

El libro tiene la siguiente estructura. Comienza con varias listas de figuras, gráficos, tablas y abreviaturas. El capítulo 1 hace una brevísima introducción general sobre las universidades de la época (pp. 5-12). El capítulo 2 explica someramente nociones imprescindibles sobre los estudiantes ingleses en su propio país y sobre su sistema de educación especializada (pp. 13-26). El capítulo 3 se centra en los estudiantes ingleses en el extranjero (pp. 27-52). El capítulo 4 trata sobre las relaciones entre Inglaterra y los Países Bajos, ofreciendo así un

contexto para comprender los hechos en profundidad (pp. 53-80). El capítulo siguiente versa sobre la Universidad de Leiden (pp. 81-125). El capítulo 6 estudia por fin la materia anunciada en el título: los estudiantes ingleses en la Universidad de Leiden (pp. 127-232). Es la parte más novedosa, pues está conformada por la investigación de la autora, pues las anteriores secciones se sustentan principalmente en bibliografía. La obra acaba con las conclusiones pertinentes (pp. 233-238).

Una vez introducido el esquema general del libro, puede entenderse mejor su extenso subtítulo: *Perfeccionará sus habilidades en el aprendizaje y mejorará su comprensión sobre los asuntos mundiales y estatales*. Esta frase cita la sugerencia que dio un profesor de Oxford a su alumno predilecto, para animarle a que fuese a estudiar a la Universidad de Leiden. Según la autora, resume la atracción que despertaba en los ingleses dicha institución en aquel entonces. Dicha explicación sólo se brinda al final de la obra, de forma que su lectura únicamente cobra un sentido total al acabar de leer las conclusiones (p. 238).

La obra repasa la historia de las principales universidades de la Edad Moderna europea y sus peculiaridades. Las tendencias religiosas marcaban notablemente las diferencias entre unas y otras universidades. Así, por ejemplo, las luteranas, anglicanas

o calvinistas únicamente admitían estudiantes de dichas confesionalidades. Sólo algunas universidades tenían fama de tolerantes, principalmente la de Leiden y la de Padua, que además destacaban debido a su calidad. Por su parte, la monarquía hispánica poseía las universidades más grandes y numerosas de la época (Salamanca, Alcalá de Henares y Valladolid). Sin embargo, tras la Contrarreforma hubo un rígido control por parte de los soberanos. Incluso desde el año 1559 los estudiantes españoles tenían prohibido acudir a universidades extranjeras. Siguiendo un criterio similar, ni siquiera los católicos extranjeros podían estudiar en universidades hispánicas. En otro orden de cuestiones, y como curiosidad, cabe citar un sarcasmo sobre la universidad de Montpellier, donde un dicho afirmaba que “les sacamos el dinero y les mandamos de vuelta a casa tan estúpidos como antes” (p. 9). Ello obliga a recordar que la formación universitaria ha estado cuestionada en muchas épocas.

La universidad de Leiden tenía dos características. Por un lado era una institución típica de su tiempo, que basaba su docencia e investigación en las teorías de Aristóteles y Galeno. Las corrientes no cambiaron hasta la década de 1640, cuando el cartesianismo introdujo un sistema de pensamiento más moderno.

Por otro lado, según la autora, la universidad de Leiden era excep-

cional, debido a varias causas; por ejemplo, que las Provincias Unidas ofrecían una tolerancia excepcional, en un marco muy competitivo. Reunían las condiciones necesarias para que los centros de enseñanza evolucionasen. Suministraban el caldo de cultivo ideal para fraguar una universidad como la de Leiden. Ésta basó su éxito en diversos pilares. Principalmente, en los métodos empleados por sus profesores, con posturas divergentes y aperturistas, así como en mantener su independencia de la Iglesia calvinista. Todo ello, en la medida de sus posibilidades, por supuesto. Téngase en cuenta que la facultad de Teología se convirtió en el mayor centro de educación calvinista desde el año 1620, y comenzó a ser poco atractiva por ejemplo para estudiantes anglicanos (p. 226).

Para medir el éxito de la Universidad de Leiden en su época de crecimiento, hay que recordar que en el siglo XVII fueron surgiendo escuelas especiales y academias ilustradas, volcadas en la educación de la nobleza. Realmente, estaban poco centradas en ofrecer una formación académica sólida. Les interesaba más enseñar a dominar las artes de la danza, la esgrima, la equitación y los idiomas modernos. Ello significaba dotar de habilidades suficientes para triunfar en la vida social y política de la época. Piénsese por ejemplo que en aquel contexto no todos los estudiantes ingleses que partían

a estudiar al extranjero tenían gran interés académico. Muchos iban atraídos más por aprovechar para viajar y hacerse el “grand tour”, que por sus inquietudes académicas, sobre todo, los nobles.

La Universidad de Leiden fue consciente de que, para competir con esas academias de nobles recién fundadas, debía satisfacer las necesidades de aquel estrato social. Por ello, abrió una escuela de esgrima y permitió que los instructores de Lenguas modernas impartiesen clases en la universidad. A la par, ofrecía instalaciones excelentes que aseguraban la admiración de estudiantes y viajeros. Por ejemplo, su jardín botánico y su teatro anatómico. Las consecuencias de disponer de tales infraestructuras eran impactantes antaño. Para imaginar la importancia de los teatros anatómicos, piénsese que hasta había disecciones públicas. Incluso una de ellas, acaecida en el año 1623, estuvo acompañada de música en directo para mostrar la magnitud del evento (p. 123). Además, la universidad daba todo tipo de facilidades en un ambiente tolerante. Ello atraía a profesores famosos, lo que a su vez fomentaba que acudiesen estudiantes coterráneos y de otros países. Tanto, que en la primera mitad del siglo XVII era una de las universidades más grandes de Europa.

Los diversos lazos culturales, religiosos, políticos y económicos

existentes entre Inglaterra y Leiden, más la comodidad de la cercanía geográfica, facilitaban que numerosos jóvenes ingleses fuesen a estudiar a la Universidad de Leiden. Para analizar en profundidad ese hecho histórico, la autora se vale de una fuente de primer orden: los registros de matrícula. Estos documentos estaban bien cuidados, y de ellos hay también una versión impresa en 1875, pero según la autora es incompleta, por lo que ha estudiado las fuentes manuscritas. Éstas compendian datos básicos como fechas de inscripción y edad de los estudiantes (solían matricularse con veinte años), nombres, lugar de nacimiento, así como asignaturas matriculadas. A veces incluían otra información, como la posición social u otros diplomas que se poseyesen. Incluso, desde el año 1595, dichos registros ofrecían las edades de los estudiantes al llegar a Leiden, y su dirección en la ciudad.

La autora estudia esos registros de matrícula y los somete al análisis de interpretaciones históricas. Acompaña su investigación con numerosos datos cuantitativos. La obra refleja la composición del conjunto de estudiantes ingleses, su evolución, y sus preferencias. También, analiza el tiempo que tardaban en acabar sus estudios en la universidad, que muchos abandonaban de forma precoz. En la Facultad de Artes se impartían Letras. La universidad intentaba

que los alumnos dominasen el latín para leer y conocer en profundidad a los autores más importantes. Cuando adquirirían un conocimiento sólido en latín y en filosofía, podían pasar a estudiar otras materias, como elocuencia y poesía, políticas e historia y filología. En esta última destacaban profesores famosos en aquel centro por ser expertos en lenguas orientales. Asimismo, hacían estudiar matemáticas en dicha facultad de letras, desde que comenzaran a formar parte integral de la formación humanística del siglo XVII. Los estudios superiores también ofertaban medicina, derecho y teología.

En cualquier investigación histórica hay cuestiones que inevitablemente permanecen sin resolver. En este sentido, la autora plantea que en numerosos casos resulta muy difícil saber cómo influyó laboralmente en la vida de muchos hombres haber pasado por la Universidad, por la dificultad de seguirles el rastro (p. 7). Con fuentes primarias emanadas de la facultad es complicado, pero se podría usar otras complementarias, como los abundantes y ricos testamentos. Para ello, habría de atender menos a las estadísticas, y hacer más apreciaciones cualitativas. Habría de atender más a los estudios de caso con análisis prosopográficos de algunos de los hombres que allí estudiaron. Varones, pues la obra parece tener sólo protagonistas masculinos, según se deduce de

las listas de matriculados (pp. 239-256 y 310-317), o de las menciones a los *college men o university men* (p. 15). No parece que existiese alguna excepción que permitiese estudiar a ninguna mujer en la Universidad de Leiden, aunque no he hallado datos al respecto en el libro.

Si hubiese que comentar alguna otra objeción, acaso se podría mencionar un olvido dado en una explanación dedicada a revelar qué supuso en términos cronológicos la introducción en Europa del calendario gregoriano (que usamos hoy día), en el año 1582, y la consecuente obsolescencia del anterior calendario juliano. La autora menciona numerosos países continentales y las diversas fechas en que fueron adoptando el calendario gregoriano (*Notes on Dates and Names*, p. xv). En el extenso elenco se echa en falta una mención a un lugar donde, al igual que en la Italia citada, comenzó inmediatamente a usarse: la Monarquía Hispánica. Ésta fue una de las madres de dicha reforma. El proyecto de hacer un calendario tan avanzado ya se había fraguado años antes (en 1515), en la antiquísima y prestigiosa Universidad Salamanca, donde se elaboraron tanto los informes previos como los definitivos; el último, en 1578, respondía a una solicitud del papa Gregorio XIII que en 1582 prorrumpió y bautizó al calendario. Así lo explica una obra sobre la Universidad de Salamanca, escrita por Ana

Carabias, titulada *Salamanca y la medida del tiempo* (Salamanca, 2012).

En cualquier caso, estos detalles en absoluto desmerecen un libro tan elaborado, y con tanto trabajo como el que presenta Daniela Prögler. Téngase en cuenta que se trata de una

obra repleta de información, muy interesante sobre todo para quienes estudien la historia de la cultura y de las universidades.

Leonor Zozaya
FCT-CHSC, Universidade de Coimbra